

INFORME SOBRE EL ANALISIS DE LOS RESULTADOS ELECTORALES

José Barberán

Dimos la lucha contra el fraude electoral y, tenemos que reconocerlo, volvimos a perder. Tres elecciones federales consecutivas, las de 1988, 1991 y 1994 han sido falseadas por un sistema de defraudación cada vez más eficiente, complejo y profesional.

Un sistema de complicidades y acceso incontrolado a los recursos del estado ha forjado un método de simulación de los formalismos electorales de la democracia que permite al grupo en el poder decidir, con un notable grado de certidumbre, los resultados electorales deseados independientemente de la realidad política nacional e independientemente de la voluntad popular.

Si hoy no logramos impedir la consumación del fraude estaremos ante un riesgo histórico evidente: la consolidación del sistema de simulación de la democracia electoral por un periodo indefinido y la anulación, de hecho, de la vía pacífica para el ejercicio de la soberanía popular. Estaremos contribuyendo a empujar al país a un periodo de violencia generalizada que lo dañará por décadas.

Muchos analistas, muchos políticos y algunos perredistas con posiciones de dirección han optado por una interpretación sencilla de los resultados electorales oficiales: hubo irregularidades durante el proceso electoral, pero estas no fueron suficientes para cambiar los resultados finales que son abrumadores a favor del partido de estado.

Esta interpretación no se basa en un análisis de las evidencias ni en una búsqueda racional y cuidadosa de la verdad. Se trata simplemente de una opinión que corresponde al estado de ánimo generalizado que buscaban crear quienes diseñaron el operativo fraudulento del pasado 21 de agosto.

Sabemos, por nuestras investigaciones propias y por las que constantemente se filtraron desde el aparato de estado, que iba a ser una elección muy peleada, que con márgenes bastantes cerrados, Zedillo estaba consistentemente en tercer lugar y que los otros dos candidatos principales estaban en una difícil competencia con diferencias variables de semana a semana, diferencias menores que los márgenes de error de los métodos de medición empleados. Sabemos también que la fuerza de nuestro candidato estaba en crecimiento constante durante las últimas semanas preelectorales y que se trataba de una fuerza que, de acuerdo a todos los criterios de medición, era superior a la de 1988, año en que aún los fraudulentos resultados oficiales nos reconocieron un 32 por ciento de la votación nacional.

Ese era, hasta donde se puede conocer, el escenario al que se enfrentaban quienes pusieron en operación la mecánica del fraude electoral. Tenían tres opciones:

1. Dejar que sólo operara el fraude local espontáneo, el que hacen los caciques locales independientemente de las órdenes del centro o de los gobernadores.
2. Poner en marcha un operativo fraudulento discreto y poco visible para hacer que el candidato del estado ganara con un margen pequeño, seis u ocho puntos porcentuales por encima de lo que obtendría sin un operativo centralizado.
3. Poner en marcha la mecánica de fraude masivo que demostró su utilidad en 1991 cuando se simuló una participación electoral de 60 por ciento y construir, con todos los recursos a su alcance, una distancia de más de treinta puntos porcentuales entre su candidato y el que realmente amenazaba con terminar con el sistema de simulación de la democracia.

La primera opción evidentemente era inaceptable para quienes están dispuestos a todo para retener el poder. Es claro que la segunda opción, un fraude que sólo corrigiera lo suficiente para dar la victoria a Zedillo era muy peligrosa, rápidamente habría generado un rechazo masivo porque nadie en este país cree en la posibilidad de cero fraude. Se optó por el tercer escenario que aunque implicaba una gran

visibilidad del fraude crearía la sensación de impotencia y, en principio, pasaría la carga de la prueba al otro bando: demuestren ustedes que el fraude fue de tal magnitud como para cambiar los resultados.

EL VOTO DEL MIEDO

Quienes hoy parten de la hipótesis de que las irregularidades no son suficientes para explicar la gran distancia porcentual entre los candidatos aceptan, de hecho, que dada la realidad inevitable del fraude, toca a la oposición demostrar la magnitud de este. Independientemente de las consideraciones éticas, están en un terreno muy delicado pues para sustentar su posición tendrían que contar con estimaciones muy precisas de la magnitud de la alteración del voto. En ausencia de esas estimaciones, para las cuales es necesario un trabajo de investigación que evidentemente no han hecho, se recurre a una explicación sociológica: el voto del miedo.

Sin embargo, la hipótesis del voto del miedo no resiste la comparación con las cifras electorales. En 1991, el PRI supuestamente obtuvo 14.2 millones de votos. El miedo al cambio que supuestamente nos derrotó esta vez, solo le dió al partido de estado 2.3 millones de votos adicionales a lo que obtuvo en un 1991, año en que evidentemente no operaba la mecánica del miedo. Pero analicemos con más detalle un ejemplo cuantitativamente muy importante para ver si se sustenta la hipótesis del voto del miedo. Veracruz es el tercer estado en importancia numérica en las elecciones y siempre ha sido central en los operativos fraudulentos. ¿Que pasó en Veracruz según las cifras oficiales del 21 de agosto?

En Veracruz, el PRI prácticamente se estancó en los 1.3 millones de votos que supuestamente obtuvo en 1991. El hipotético voto del miedo no impulsó a los veracruzanos a votar más por el PRI, ahora, con largas colas en las casillas, que hace tres años sin colas ni participación visible. Adicionalmente, la hipótesis del voto del miedo tendría que explicar lo que pasó con el PAN, un partido con muy escasa presencia y con una muy débil campaña en un estado predominantemente rural. Voy a leer 23 números que son los porcentajes de crecimiento del PAN, entre 1991 y 1994, para cada uno de los 23 distritos del estado, del primero al último: 632%, 174%, 739%, 1005%, 795%, 381%, 678%, 573%, 229%, 471%, 478%, 980%, 861%, 439%, 363%, 457%, 329%, 851%, 878%, 337%, 509%, 405%, 604%.

Ciertamente el estancamiento del PRI y este salto sin precedentes y sin coherencia de un distrito a otro, en una zona del país sin antecedentes panistas y sin atención por parte de un partido que por razones obvias decidió no invertir esfuerzos sustanciales de campaña en zonas como el agro veracruzano, muestran algo muy diferente a lo que nos haría esperar el modelo del voto del miedo. Se trata de indicadores reales de un sistema de defraudación que buscaba un resultado predeterminado, y que tuvo que recurrir a un fraude disperso y de diversos colores. De esta manera los resultados veracruzanos se generalizaron hasta darle al PAN una victoria sobre el PRD en el voto rural de muchos estados tradicionalmente cardenistas. Precisamente en un sector donde era evidente el crecimiento de nuestra fuerza en relación a 1988.

Resultaría pues que el voto del miedo, además de sólo incrementar marginalmente la fuerza del PRI en relación a 1991 habría hecho que los campesinos mexicanos desde Durango hasta la frontera sur decidieran votar masivamente por el PAN como consecuencia lógica de su profundo miedo. En contraste, resultaría que en los estados con tradición panista, el voto de ese partido habría crecido sólo marginalmente en relación a 1991 mientras que en estados como Tabasco habría crecido en un 590%. Eso es lo que dicen las cifras electorales oficiales.

La explicación «sociológica» alega que junto al supuesto voto del miedo también fue decisivo el llamado voto Procampo. Sin embargo los datos contenidos en el PREP indican que las votaciones para el PRI se estancaron o incluso disminuyeron respecto a 1991 en los estados que cuentan con la mayor población indígena y campesina: Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Puebla y Guerrero.

A cambio, fue justamente en los estados gobernados por el PAN: Chihuahua, Baja California y Gua-

najuato, donde el PRI obtuvo sus avances más espectaculares respecto a 1991. De aquí, la única conclusión «sociológica» que se desprende es que a más PAN, más PRI.

La comparación con las cifras electorales de 1991 constituye un primer elemento necesario para entender lo que realmente pasó el 21 de agosto. En 1991, sin colas en las casillas, en una elección intermedia y no competitiva, se nos trató de hacer creer que se habían roto todos los récords históricos de participación electoral con más de 14 millones de votos para el PRI y una participación del 60 por ciento del electorado. ¿Podemos pensar que en tres años el PRI renunció a los métodos fraudulentos que le dieron esos resultados tan inverosímiles en 1991?, ¿Cuántos de los actuales 16 millones de votos del PRI se generaron con la misma metodología de entonces? Quines dicen que no fue eso sino el miedo tendrían que probarlo. En 1994 sí vimos largas colas en las casillas en buena parte del país, pero parece que según las cifras oficiales, esas colas eran casi íntegramente para la oposición pues, como demostró 91, el grueso de la votación del PRI se logra sin necesidad de colas.

PARTICIPACION ELECTORAL

Y eso nos lleva al problema de la participación electoral aparente. Según las cifras oficiales votó más del 77% de la población credencializada. Si sumáramos a esa cifra la cifra todavía desconocida de los millones que no pudieron votar y de los cuales sólo una fracción minúscula trató de hacerlo en las casillas especiales, resultaría que ya México no tiene nada que envidiarle a las que se llamaban democracias socialistas. La simulación electoral de aquellos sistemas políticos se desenmascaró cuando pasaron de niveles de participación electoral del orden del 80 por ciento, en elecciones con partido único, a niveles de entre 40 y 60 por ciento en elecciones realmente competitivas. Quienes dan credibilidad a las cifras oficiales de participación electoral a partir de las colas observadas casualmente no se han puesto a pensar en la revolución política que significaría ese interés masivo por votar. Que, por ejemplo, en Aguascalientes y en Tlaxcala hayan votado más del 80 por ciento y que en un tercio de sus casillas lo hayan hecho más del 85 por ciento. Que en Jalisco y en Querétaro o en el D.F. hayan votado más del 83 por ciento para el conjunto de cada entidad. Quien esté dispuesto a aceptar estas cifras como buenas o lejanamente buenas no ha comprendido lo que esto significaría en términos de cambio político. Piénsese en que según los datos oficiales, en una de cada seis casillas del país votó más del 85 por ciento de la lista nominal y que esa proporción de casillas con concurrencia increíble se dió igual para las zonas urbanas que para las rurales. En efecto, según los datos oficiales, en 15.3 por ciento de las casillas rurales del país votó más del 85 por ciento de los ciudadanos.

Se trata de cifras que de ser ciertas habrían reventado al sistema electoral pues como hoy está diseñado no tiene capacidad de recibir tantos votantes. Es cierto que en gran parte del país se vieron largas colas en buena parte de las casillas. Pero también es cierto que esas colas se redujeron a cero, en la mayoría de los lugares, tanto al mediodía como hacia el final de la jornada. Tanto nosotros como el PRI medimos la velocidad máxima posible de votación en casillas de zonas óptimas por su nivel de escolaridad. Los números y su estadística distan muchísimo de ser coherentes con los datos oficiales. Veamos.

LAS CASILLAS FLASH

Según los datos oficiales hay 14,110 casillas en las que en alguna de sus urnas aparecieron más de 500 boletas. Se trata de casillas en las que supuestamente se votó a un ritmo siempre superior a los 72 segundos por ciudadano y con un increíble promedio de 65 segundos por votante, más rápido que lo ocurrido en condiciones óptimas. Se trata de casillas en las que, para ser posibles, se tuvo que mantener esta velocidad de flujo con total disciplina, sin interrupciones, ni retrasos, ni gente no encontrada en la lista nominal, durante las diez horas completas de la jornada electoral.

A pesar de que sólo una ínfima proporción de las casillas inició la recepción de votantes antes de las 8:30 de la mañana, según las cifras oficiales, casi una de cada cinco casillas del país, el 18 por ciento del

total, logró recibir los votos de una cola ininterrumpida de más de quinientos votantes. De hecho, para este conjunto de casillas se recibió supuestamente un promedio de 549 votantes por casilla, con la mitad de ellas por encima de esa media. 34 por ciento de las casillas de Aguascalientes, 23 por ciento de las de Queretaro o 22 por ciento de las de Tlaxcala fueron casillas flash. En conjunto, estas sorprendentes casillas generaron 7.75 millones de votos. Más de una quinta parte del volumen nacional según los datos oficiales.

Un análisis como el anterior sobre la velocidad aparente de votación no demuestra puntualmente la alteración de los resultados en unas casillas si o en otras no, pero es un claro indicador, una prueba indicial de alteración de un porcentaje muy significativo de casillas. Una evidencia que nos lleva a otras mucho más contundentes.

LAS CASILLAS BASICAS Y CONTIGUAS

Ante las evidencias de alteración de los resultados electorales obtenidas a partir de la información contenida en actas o en los datos del Programa de Resultados Preliminares, queda clara la necesidad de probar la hipótesis de que esta alteración involucra a una cantidad sustancial de casillas en términos nacionales. Es evidente, viendo los resultados de los análisis, que la ciudad de México y en particular sus zonas de clase media son tratadas diferencialmente en términos de las formas de alteración del voto, pues en ellas reside el grueso de esos sectores autodenominados «opinión pública» y «clase política» que suelen derivar su evaluación global del proceso nacional a partir de lo visto en las casillas en que votaron ellos y sus conocidos.

Si a través de mecanismos distintos hubo alteración de los resultados de una cantidad sustancial de casillas y esa alteración no tuvo localmente una eficiencia del 100 por ciento, necesariamente deben aparecer diferencias inexplicables entre los resultados de casillas que corresponden a los mismos grupos sociales, es decir, diferencias producidas por que los resultados de unas casillas fueron más alterados que las de otras o que los mecanismos de alteración funcionaron en unas casillas y en otras no. Es muy difícil hacer este tipo de comparaciones para casillas geográficamente cercanas entre si pues se tendría que probar puntualmente que las casillas comparadas en efecto corresponden a sectores social y políticamente homogéneos. Sin embargo es posible hacer esta prueba de manera estadística para el conjunto de parejas de casillas básicas y contiguas en las que vota una misma población dividida según la primera letra del apellido paterno.

Para la población de las secciones electorales que fueron divididas en casillas básica y contigua siguiendo el criterio de la primera letra del apellido (de la A a la L y de la L a la Z), es claro que estadísticamente se trata de casillas social y políticamente homogéneas, casillas gemelas, y que las diferencias entre sus resultados son sólo producto de la casualidad. La estadística de estas diferencias se puede calcular con toda precisión a partir del tamaño de las secciones y de los resultados electorales reportados para ellas. El cálculo de como debió ser esa estadística da una referencia precisa para evaluar las dimensiones de la alteración electoral. Se trata de un método que no detecta aquellos casos en que la alteración se hizo en igual magnitud en ambas casillas gemelas como sería, por ejemplo, la adición de tacos iguales en ambas casillas. Por lo tanto necesariamente subestima el nivel de alteración. Veamos los resultados obtenidos en esta prueba.

En los datos proporcionados por el PREP aparecen 26,025 secciones en las que se abrieron al menos dos casillas gemelas, la básica y la contigua, para hacer un total de 52,050 casillas. Ellas representan el 58 por ciento del total de las casillas reportadas por el PREP y son por lo tanto representativas del total, en particular son las casillas típicas del México urbano pues la separación de secciones electorales en básica y contigua es mucho más común en las zonas urbanas que en las rurales.

En ese conjunto de 52,000 casillas aparecen 10,879 casillas en las que las diferencias de participación electoral entre casillas gemelas es tan grande que sólo se puede explicar como producto de la

alteración deliberada y diferenciada de los resultados. Al comparar las diferencias de los resultados por partido resultan números congruentes con ese nivel de alteración fraudulenta. Se trata entonces, de alteraciones probadas en el 21 por ciento de las 52 mil casillas analizadas. Evidentemente es un resultado generalizable al conjunto de las casillas del país pues se trata de una muestra que es mayor que la mitad del universo total.

El promedio de la diferencia en participación electoral entre las casillas gemelas es, según los datos oficiales, el doble de lo que debería de ser si no hubiera alteración deliberada de los resultados electorales. De igual manera, el promedio de la diferencia de votación del PRI entre casillas gemelas difiere en 60 por ciento de lo que debería ser si no hubiera alteraciones fraudulentas.

Con toda su precisión, este método de detección del nivel de alteración deja varios cabos sueltos. Por un lado, como ya se dijo, subestima el nivel real de alteración electoral, por otro lado, no permite evaluar el número de votos envuelto en esta forma de fraude y tampoco permite determinar cuales casillas son las alteradas. Dado el tamaño de la muestra, permite saber con precisión cuantas parejas de casillas fueron alteradas pero no cuales son ellas. Es evidente que, por ejemplo, una pareja de casillas gemelas con grandes diferencias de votación para el PRI es perfectamente posible como resultado de la casualidad. Lo que no es posible y el método detecta cuantitativamente, es que ello ocurra sistemáticamente.

LA CANTIDAD DE BOLETAS EN LAS URNAS

Los resultados del anterior análisis llevan directamente a otro similar que lo confirma. Si las casillas gemelas debieran ser mucho más parecidas entre si que lo que dicen los resultados oficiales y sus diferencias prueban un nivel masivo de alteración electoral entonces es posible que las diferencias entre las urnas de una misma casilla prueben algo similar. No se trata de buscar diferencias entre la votación para cada partido en cada una de las tres urnas a las que se confrontó cada votante en la casilla. Se trata de algo más simple: comparar el número de boletas encontrado en cada una de las tres urnas, de una misma casilla, que fueron comunes a todo el país.

Es claro que donde no hubo alteración electoral o donde la alteración fue igual en las tres urnas, rara vez sería diferente el número de boletas encontradas en cada una de las urnas. Quien decidió no votar por alguna de las tres elecciones o bien anuló su voto o lo dejó en blanco, pero muy pocos votantes tomaron la extraña decisión de comerse o llevarse a su casa alguna de las boletas y no las otras.

Sin embargo otra vez los datos oficiales en los que se pretende sustentar la usurpación contradicen toda lógica. En prácticamente una de cada cinco casillas del país apareció una diferencia de más de 10 boletas entre las distintas urnas. Esto ocurrió en 16,185 casillas de las reportadas por el PREP. Un total de 18 por ciento del conjunto de las casillas. En promedio, para estas 16 mil casillas hay una diferencia de 87 boletas entre la urna más llena, y la más vacía. Si se contabiliza el resultado del PRI en sus mejores urnas de cada una de esas casillas resulta que ese partido obtuvo un 62.4 por ciento de la votación, 22 puntos porcentuales arriba de lo que obtendría si se contabiliza su votación en cada una de sus peores urnas. Al ponderar estos números hay que recordar que sólo estamos detectando la diferencia de alteración entre las urnas y que pasa desapercibida toda alteración común a las tres urnas de la casilla.

EL PROGRAMA DE RESULTADOS PRELIMINARES (PREP)

Pero dejemos hasta ahí el análisis de los números electorales contenidos en el PREP, que reflejan perfectamente lo ocurrido en los recuentos distritales y que serán sustento del intento de usurpación el próximo noviembre. Veamos ahora algunos otros resultados provenientes de las actas a partir de las cuales se generaron estos números.

Como se sabe, el Programa de Resultados Preliminares o PREP tenía un sistema de recolección

rápida de los datos contenidos en la primera copia del acta de escrutinio de las casillas. En los 300 comités distritales del país había un grupo de capturistas que leían las actas, tecleaban la información contenida en ella en un pequeño instrumento llamado terminal de captura remota, similar al que usan muchos comercios para validar las tarjetas de crédito, volvían a teclear los datos, los verificaban en una pequeña impresora y en una pequeña pantalla del mismo aparato y cuando el aparato y el humano comprobaban que los datos coincidían, que lo teclado en las dos veces consecutivas era lo mismo, entonces el aparato aceptaba enviar la información por vía telefónica hasta la computadora central del sistema en el edificio del IFE. A partir de ahí ocurre una serie tropiezos sistemáticos, no menores que la famosa caída del sistema de 1988 y que demuestran la llamada «componente cibernética» del fraude. Tenemos pruebas, firmadas por el representante del director del IFE, por el representante del Secretario de Gobernación y desde luego por nuestro representante, que demuestran que a las 16:30 del lunes 22 de agosto el PREP ya había recibido el 99.53 por ciento del total de las casillas del país. Sin embargo el PREP nunca reportó los datos de 5,095 casillas y los datos de otras 1,925 están «sujetos a revisión» porque contienen errores según las propias autoridades del IFE. Un total de 7 por ciento de las casillas que de una manera u otra, por una razón u otra, misteriosamente no entran en los totales a partir de los cuales los analistas llegan a sus conclusiones.

No mencionaré aquí las explicaciones oficiales sobre lo que pasó con este programa, sus retrasos y manipulación de datos pues ameritan un capítulo especial sobre la pérdida progresiva del sentido de lo ridículo por parte de sus responsables. Sin embargo, además de las casillas eliminadas que aumentan sustancialmente el porcentaje de casillas cuestionadas, nuestras evidencias indican que en el PREP sólo se hizo un maquillaje menor, aunque no despreciable, en relación a las otras formas de defraudación. El hecho es que el PREP se sustentó en las copias de las actas recibidas por su personal en los comités distritales y que esas actas ya contenían el grueso de las alteraciones fraudulentas. Con grandes limitaciones que fueron una clara orientación de que estábamos en una línea correcta de investigación hemos hecho varias muestras de esas actas y los resultados confirman todo lo indicado más arriba.

Veamos brevemente algunos de esos resultados que todavía están en proceso. Hoy sabemos que cuatro datos contenidos en las actas de escrutinio y que son fundamentales para documentar el fraude fueron capturados por el sistema del PREP, pero se nos han ocultado sin argumento válido: se trata del número de boletas recibidas, el número de boletas extraídas de las urnas, el número de boletas sobrantes y el número de votantes de la lista nominal de la casilla. Un análisis muestral de las actas arroja los siguientes resultados que todavía deben ser considerados como preliminares:

Boletas recibidas por las casillas:

1. 31% de las casillas reportan haber recibido la cantidad correcta de boletas: las necesarias para cubrir la lista nominal de la casilla más 18 para los posibles representantes de los partidos.

2. En 25 por ciento de las casillas la cantidad de boletas recibidas difiere de la correcta en hasta cuatro boletas.

3. En 9 por ciento de las casillas la diferencia es de entre 5 y doscientas boletas.

4. En 34 por ciento de las actas no hay información sobre este punto: o las actas no están donde deberían de estar o no contienen el dato correspondiente o este es ilegible.

Destrucción de votos:

1. En 34 por ciento de las casillas coincide el número de votantes de la lista nominal con el número de boletas extraídas reportadas.

2. En 13 por ciento de las casillas el número de boletas extraídas excede en hasta 6 al número de

votantes de la lista, posiblemente debido al voto de los representantes de partido.

3. En 8 por ciento de las casillas las boletas extraídas son menos que los votantes de la lista nominal en hasta cuatro votos.

4. En 9 por ciento de las actas hay menos boletas que votantes de la lista nominal en un número que va de cinco a 550 boletas.

5. En 37 por ciento de las actas no hay datos para medir este rubro por diversas razones, incluida la ausencia de las actas.

Boletas recibidas vs boletas extraídas más boletas sobrantes:

1. En 29 por ciento de las casillas los números coinciden.
2. En 11 por ciento de las casillas sobran de una a cuatro boletas.
3. En 4 por ciento de las casillas sobran de 5 a 10 boletas.
4. En 10 por ciento de las casillas faltan de 1 a 4 boletas.
5. En 6 por ciento de las actas faltan de 5 a 600 boletas.
6. En 39 por ciento de las actas no hay datos para esta evaluación o no está el acta.

Es claro que estas irregularidades sólo reflejan lo asentado en el acta y que se trata de información que puede coincidir o no con la realidad, como se demuestra en los análisis expuestos más arriba. Uno de las constantes más persistentes en esta revisión muestral de las actas del PREP es la ausencia masiva de actas cuyos datos si están capturados por el PREP, la corrección burda, con pluma o corrector blanco, de los datos de las actas y el número de actas en blanco o con datos incompletos y firmas ausentes de miembros de las mesas directivas. Se trata de problemas generalizados que ha visto la prensa y todo aquél que ha entrado al centro de acopio de actas del PREP y que hace perfectamente entendible y racional la prohibición para tomar fotografías o hacer copias fotostáticas decretada por el Director General del IFE. El licenciado Nuñez, hoy Director General del IFE y antes representante del PRI ante la Comisión Federal Electoral simplemente está actuando como un profesional en el papel que le ha tocado jugar en este operativo de simulación electoral. No tenemos quejas de carácter personal contra él.

OCULTAMIENTO DE DATOS

El ocultamiento aparentemente inexplicable de datos es otra de las evidencias muy sustanciales de irregularidades generalizadas: el IFE ha ocultado, sin una explicación racional, entre otros los siguientes elementos centrales para una evaluación del proceso electoral:

1. Los datos completos del conjunto de funcionarios de casilla, en medios magnéticos, que son necesarios para evaluar el nivel de violación del proceso de insaculación y sus efectos en los resultados electorales. Se trata de datos que evidentemente tiene el IFE desde mucho antes de la jornada electoral y no ha querido entregar. El director del IFE pudo presentar un resumen estadístico que hablaba de alrededor de un 10 por ciento de cambios de última hora en las listas de funcionarios de casilla. El IFE pudo hacer el resumen estadístico pero afirma no contar con los datos nominales a partir de los cuales hizo las sumas. Otra vez la racionalidad del profesional haciendo bien su trabajo. Se trata de un nivel de cambios de última hora que podría explicar una fracción de las irregularidades electorales.

2. Los datos completos de las actas de escrutinio usadas por el PREP, que, como se mencionó más arriba, si fueron capturados por el PREP y evidentemente ya han sido analizados por el propio IFE.

Antes de concluir quiero hacer notar que este informe es el producto del trabajo, en muchas areas, de un numeroso e invaluable equipo de compañeros de dentro y de fuera del PRD.

ALGUNAS CONCLUSIONES

1. Distamos mucho de entender la totalidad de lo que ocurrió el pasado 21 de agosto. Quedan muchos elementos por analizarse. No hemos incluido aquí ni una línea sobre problemas fundamentales como la intimidación de votantes, la suplantación de funcionarios y representantes, la compra de votos, la violación del secreto del voto y muchos otros elementos centrales que deberán ser el núcleo de los análisis de otros. Posiblemente nunca sepamos la realidad del voto mayoritario de ese día. Y esa es quizá la conclusión racional más sólida. Quienes quisieran concluir, con honradez intelectual, que a pesar de todo es claro que ganó el PRI, tendrían que demostrar, con una precisión seguramente imposible, que las alteraciones aquí explicadas produjeron cambios de una magnitud menor a la necesaria para alterar el resultado final. Una vez hecho ese trabajo, si se pudiera, tendrían que lidiar con los problemas éticos de avalar un gobierno emanado de una defraudación que tendrían que terminar calificando como mediana: ni tan pequeña para ser anecdótica ni tan grande, si así lo demostraran y creyeran su demostración, como para violentar la voluntad popular. Sin duda un complejo y delicado balance entre lo ético y lo cuantitativo.

2. Quienes han llamado a la aceptación del resultado oficial agregando a sus evaluaciones cuantitativas del fraude pequeño el elemento de la necesaria responsabilidad política y la necesidad de normalizar y consolidar las vidas partidarias y las relaciones entre partidos y estado están olvidando voluntariamente el otro lado de la moneda. Es cierto que la aceptación de los resultados oficiales traería una agradable normalidad y consolidación partidaria desde el punto de vista del aparato. Pero sería tremendamente irresponsable en lo sustantivo. Generaría un divorcio definitivo entre la dirección política de este movimiento y quienes han sido su único sustento real: una población que aceptó luchar enérgicamente por las vías legales hacia la transición a la democracia. No en todas partes fue tan fácil votar por la democracia como en la colonia Roma. La consumación de la usurpación dejaría a millones de mexicanos, que lo han arriesgado todo, a merced de la represión y sin otro camino que el de la autodefensa, con los métodos y las formas que se pueda. En muy pocos días ya tenemos ejemplos puntuales pero muy significativos, en Chiapas y Guerrero, de lo que puede venir. La consumación de la usurpación dejaría claro para muchos, para demasiados, que la vía electoral está cerrada y eso, sin duda, tendrá consecuencias profundas. Esa es la otra dimensión, menos mencionada, del problema de actuar responsablemente a corto, a mediano y a largo plazo. Las escaramuzas por segundas minorías y por unos cuantos miles de votos de un distrito, siento decirlo, tienen un aroma de mezquindad que confunde y duele. Tenemos enfrente decisiones históricas de otro calibre.

José Barberán

Comisionado del PRD ante la Comisión Nacional de Vigilancia del Registro Federal de Electores y Representante de Porfirio Muñoz Ledo, del Consejo General del IFE, ante el Programa de Resultados Preliminares del IFE.